

DE UNAMUNO



6-175

# LA SOCIEDAD GADOSIANA

Desearíamos que en esta página dedicada a Galdós, no faltase un juicio de nuestro insigne colaborador don Miguel de Unamuno. Telefónicamente, por encontrarse en Salamanca, le pedimos unas cuartillas sobre Galdós sociólogo. He aquí el trabajo que Unamuno nos envía, también por teléfono.

No creemos que en la obra novelesca y dramática de Galdós, como en la de Cervantes y como en la obra de la Naturaleza y de la Historia, haya doctrina alguna reflexiva, ni dogmática, ni dialéctica.

A lo sumo la tienen algunos de los personajes que creó y a quienes hizo hablar, y aun éstos ni mucha ni nada.

Los personajes de Galdós, como sus modelos reales, son muy pobres de doctrina. Viven al día. Y la de él, la de Galdós, se reducía acaso al progresismo generoso y romántico, pero candido de sobra, sencillo, de la Setembrina, de la Revolución española de 1868.

El mundo social que en sus obras nos deja eternizado es el de la Restauración y la Regencia, un mundo de una pobreza intelectual y moral que pone espanto.

En la obra de Galdós, como en espejo fidelísimo, se retrata la pavorosa oscuridad de espíritu de nuestra mal llamada clase media, que ni es media ni es apenas clase. Su Torquemada es un símbolo y otro símbolo el Amigo Manso. La vida, triste, de una desolación íntima trágica y de una frivolidad agorera, de los pequeños empleados, tal como se puede ver en la obra novelesca galdosiana, nos explica la tragicomedia mansa de la España de hoy, tragicomedia de charca ponzoñosa. Si leyendo la obra novelesca de Dostoyuski se comprende el huracán de pasiones desenfrenadas que está amasando, con barro hecho con sangre y alcohol y bilis, la Rusia de mañana, del mismo modo, leyendo la de Galdós nos daremos cuenta del bochorno que pesa sobre la España en que él ha muerto, del

"El Liberal"  
Madrid,  
5 enero 1920

RECOGIDO EN "De esto  
y de aquello" tomo I



UNIVERSIDAD  
DE SALAMANCA

GREDO.S.U.S.A.L.E.S



bochorno de una anarquía de modorra.

Apenas hay en la obra novelesca y dramática de Galdós una robusta y poderosa personalidad individual, uno de esos héroes que luchan contra el trágico destino y se crean un mundo para sí, para sí mismos, un Hamlet, un Segismundo, un Don Quijote, un Tenorio, un Fausto, un Brød, un Juan José. Es que Galdós no los encontró en el mundo en que el destino le hizo vivir. Su Pepet, el de "La loca de la casa", es más bien un personaje cómico, y en cuanto al Máximo, de "Electra", por ejemplo, Dios nos libre de ingenieros así.

Porque Galdós, artista exclusivamente, sentía la superstición de una aplicación científica para él desconocida.

Galdós ha muerto cuando está muriendo — así, al menos, lo queremos creer — la triste España de la Restauración y la Regencia, la España episódica y anecdótica, pero no histórica. Han caído las tinieblas el alma de Galdós, cuando se hace noche cerrada para la España crepuscular, después de Setembrina.

Galdós — ante su muerte hay que decirlo con sinceridad — no sintió lo que llamamos cuestión social, como no lo sintieron nuestros progresistas de 1868 que creían que las heridas de la libertad con libertad se curan; sintió, en cambio, el problema de la libertad de conciencia y de la libertad civil.

Y cuando influido por corrientes literarias que llegaban de Rusia quiso diversificar el campo de sus creaciones, nos dió aquel Nazarín, que es un perfecto extranjero en el Madrid del último tercio del siglo pasado, que no podía ofrecer sino una sociedad sin pasiones, protoplasmática y casi inorgánica.

De aquí el que si de la obra novelesca galdosiana se puede extraer alguna psicología elemental y poquísimamente complicada, será difícil extraer sociología de ella. No refleja una sociedad, sino una muchedumbre.





Cuando, pasado el tiempo, se lea, dentro de unos años o aun siglos, la obra de Galdós para hacer en ella la España de la Restauración borbónica y de la Regencia hapsburgiana, sentiráse toda la inmensa desolación de una muchedumbre amorfa y amodorrada de hombres y mujeres anémicos, sin huesos, sin fe ni esperanza, de un pueblo que soñaba en el puchero y la cama, diciendo: "Se vive."

El mundo, que pasando por el alma

de Galdós nos ha quedado para siempre en su obra de arte, es un mundo sin pasiones ni acciones, que se deja vivir, pero que no hace la vida. Y en su mundo agonizan, sin acabar de morir —que es lo peor— Don Quijote y Sancho. Es un mundo que nació cansado de la vida. Descanse en paz el mundo de Galdós, como en paz descansa ya quien nos lo ha eternizado.

**MIGUEL DE UNAMUNO**

